

VIGESIMO SEGUNDO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

EVANGELIO.

Continuación del Santo Evangelio, según San Mateo (xxii, 15-21).

En aquel tiempo, los fariseos, habiéndose retirado, formaron el proyecto de sorprender á Jesus en sus discursos; le enviaron sus discipulos con los herodianos, que le dijeron: Maestro, sabemos que sois verdadero en vuestras palabras y que enseñáis el camino de Dios según la verdad, sin considerar á quién que se sea, porque no atendéis á las personas. Decidnos vuestra opinión sobre esto; es permitido ó no el pagar el tributo al Cesar?. Pero Jesus, conociendo su malicia, les respondió: hipocritas, porqué me tentáis?. Mostrádmela moneda que se dá por el tributo. Ellos le presentaron un dinero. Entonces Jesus les dijo: De quién es esta imagen y esta inscripción?. Del Cesar, le respondieron. Y él les replicó: Dád, pues, al Cesar lo que es del Cesar, y á Dios lo que es de Dios (Marc. xii, 12-17; Luc. xx, 20-26).

Sequentia sancti Evangelii secundum Matthæum (xxii, 15-21).

In illo tempore: Abeuntes pharisæi consilium inierunt, ut caperent Jesum in sermone. Et mittunt ei discipulos suos cum herodianis, dicentes: Magister, scimus quia verax es, et viam Dei in veritate doces, et non est tibi cura de aliquo; non enim respicis personam hominum. Dic ergo nobis quid tibi videtur: licet census dare Cæsari, an non? Cognita autem Jesus nequitia eorum, ait: Quid me tentatis, hypocritæ? Ostendite mihi numisma census. At illi obtulerunt ei denarium. Et ait illis Jesus: Cujus est imago hæc, et superscriptio? Dicunt ei: Cæsaris. Tunc ait illis: Reddite ergo quæ sunt Cæsaris, Cæsari; et quæ sunt Dei, Deo.

PRIMERA INSTRUCCION.

Los fariseos élogian á Jesus.

I. Es preciso menospreciar las alabanzas que se nos hacen. — II. Es necesario evitar dirigir las á los demas.

El suceso referido en el Evangelio del cuál ácabais de oír la lectura, nos traslada al martes de la semana santa. El triunfo que el pueblo había otorgado la ante vispera á Jesus, y en lo delante de él con palmas y haciendo oír gritos de *hosannah* á su paso, así como las censuras y amenazas del Salvador dirigidas á los fariseos, habían colmado el furor de estos contra el divino Maestro. Es por lo que resolvieron ensayar una vez más todavía el tenderle un engaño, de concierto con los herodianos, á fin de perderle á. Pero

4. Sicut si aliquis claudere voluerit aquæ currentis meatum, si exclusa fuerit per aliquam violentiam, aliunde sibi semitam querit, sic Judæorum malignitas ex una parte confusa, alium sibi adinventum: unde dicitur: *Tunc abeuntes pharisæi*, etc. Abierunt, inquam, ad herodianos. Quale consilium, tales et consiliatores; et ideo sequitur: *Et mittunt ei discipulos suos cum herodianis dicentes: Magister, scimus quia verax es, et viam Dei in veritate doces* (S. JOAN. CHERSOST. in *Matth. Op. imp. hosp. 42*). — Tanquam ignotis, ut facilius deciperent, et per eos illum caperent; cum timentes turbam hoc se non presumerent facere (Glossa). — Nuper quidem sub Cæsare Augusto Judæa subjecta Romanis, quando in toto orbe est celebrata descriptio, stipendiaria facta fuerat: et erat in populo magna seditio, dicentibus illis pro securitate et quiete quia Romani pro omnibus militarent, debere tributa persolvi; pharisæis vero, qui sibi applaudebant in justitia, et contrario nitentibus non debere populum Dei (qui decimas solveret, et primitias daret, et cætera que in lege scripta sunt) humanis legibus subjacere. Cæsar autem Augustus Herodem filium Antipatri alienigenam et proscelytam, regem Judæis constituerat; qui tributis præesset et romano pareret imperio. Mittunt igitur pharisæi discipulos suos cum herodianis, id est, militibus Herodis, seu quos illudentes pharisæi (quia Romanis tributa

dejando á un lado por hoy este engaño, así cómo la admirable sabiduría por la cuál el Salvador supo escapar, fijémos nuestra atención en los elogios que los fariseos comienzan por dirigir á Jesus, y aprendámos estas dos importantes verdades : la primera, que es necesario menospreciar las alabanzas que se nos tribute ; la segunda, que debemos évitár el dirigirlas á los demás ¹.

1. *Debemos menospreciar las alabanzas que se nos dirija.* ¿ Cuáles son las que los fariseos tributan á Jesus ? *Maestro*, le dicen, *sabemos que sois verdadero en vuestras palabras y que enseñáis el camino de Dios, segun la verdad, sin guardar consideracion á sea quién fuere, porque no hacéis atención á las personas.* Ciertamente, hé aquí un magnífico élogio del Salvador, y verdadero en todas sus partes ². Pensáis que los fariseos creían lo que decían ? Pensáis solvebant), herodianos vocabant, et non divino cultui deditos (S. Hieron. ep. S. Th. Cat. aur. in Matth. xxii). — Propter hoc autem suos discipulos et Herodis milites simul mittunt, ut quodcumque dixerit, reprehendantur : cupiebant enim eum detinere timebant propter turbas, voluerunt ei periculum immittere, hoc quod esset publicis tributis obnoxius (S. Joan. Chrysost. *ibid.*).

1. *Maestro sabemos que sois verídico...* etc. Detestemos y huyámos semejantes aduladores cómo de las serpientes venenosas, ó cómo de las bestias feroces, del genero del gato, que se adelantan suavemente hacia su victima, dispuestos á lanzarse sobre ella y al descuido si pueden. Enemigos tánto más temibles cuánto que están a) *disfrazados y desconocidos* : se nos presentan bajo la mascara de la amistad, y ocasionan la ruína ; b) *perfidos* : nos elogian para desvanecernos, engañarnos y explotarnos ; c) *funestas* : nos ciegan, nos arrastran al mal, nos precipitan en el infierno. Se puede guardar de un enemigo declarado ; pero cómo évitár las emboscadas de la disimulada amistad ? — Los fariseos nos han trazado, aunque en asunto perfido, un verdadero retrato de un doctor, de un pastor de almas. El debe, á ejemplo de Jesucristo : a) buscar únicamente la verdad ; b) estar lleno de sinceridad y rectitud ; c) levantarse con valor sobre el respecto humano y las consideraciones personales. (Dehaut, el Evangelio explicado, p. 3.)

2. *Magister, scimus quia verax es, et viam Dei in veritatem doces.* Quia majori laudi attestatur non solum commendari ab amicis, verum etiam

que á sus ojos Jesus merecia este nombre de *Maestro* que le daban ? Pensáis que, para ellos, enseñaba él la verdad y el camino que conduce á Dios ? De ningún modo. Todas estas palabras lisonjeras no eran, en la boca de los fariseos, más que puras mentiras ; es decir, que aunque realmente verdaderas en sí mismas, ellos las creían falsas. En efecto, Jesus no era para ellos un Maestro, puesto que rehúsaban sér sus discipulos ; á sus ojos, él no enseñaba la verdad, puesto que le acusaban de sér un seductor y un violador de la ley de Moises ¹.

ab inimicis ; ideo non debet nos movere quod in Evangelio miseri Judaei ipsam veritatem Dominum nostrum er confidentes, non tamen corde diligentes, extollant, cum dicunt in verbo proposito : *Magister, scimus, quia verax es*, etc. In quo quidem verbo extollunt, et commendant : primo ab officii dignitate ; secundo a dicti soliditate ; tertio a documenti utilitate Ratione primi est humiliter reverendus ; ratione secundi, firmiter credendus ; ratione tertii, sinceriter diligendus. Primo, inquam, extollunt et commendant eum a venerabili dignitate officii, cum dicunt : *Magister*. Secundo, a credibili soliditate dicti, cum subdunt : *Scimus quia verax es*. Tertio, ab amabili utilitate documenti, cum subinferunt : *Et viam Dei in veritate doces* (S. BONAVENT. *Serm. de temp. dom. 22. post Pentec. serm. 1*).

1. Una astucia de los fariseos es la manera de la cuál hablan ellos á Jesucristo, para quitarle la sospecha de su traicion. Antes de formular su insidiosa pregunta, comenzaron por álabarle. Esta manera de ádular á los que se quiere perder es tánto antigua cómo el mundo. Fué lisonjéndo á nuestros primeros padres con la esperanza de la inmortalidad, de la ciencia universal, de la semejanza con Dios, cómo el demonio los sedujo, y los arrastró con toda su posteridad á la ruína. Desde este tiempo, la lisonja es todavía, de todos los medios de corrupcion, del que se sirve el más frecuentemente, y que le dá mayor resultado. Todo el mundo declama contra el vicio de la adulacion ; todo el mundo conoce el peligro ; todo el mundo se propone garantirse, y casi todo el mundo se deja ganar por ella. Se desprecia y se detesta, en general, á los aduladores ; pero se acoge y se quiere, en particular, aquellos por quienes se es lisonjéndo. Se compadece y se censura á los que tienen la debilidad de dejarse engañar por los élogios ; y al momento despues se és victima

Pues tal es, en general, el primer carácter de los elogios que los hombres se dirijen entre sí, y que hace que un cristiano sobre todo

de los elogios más groseros todavía. Se distingue con justicia los que adulan á los demás; se es incapaz de distinguir aquellos por quienes se es adulado. Se reconoce facilmente la falsedad de los elogios tributados á otro, se está siempre persuadido de la sinceridad de los que se recibe. Más exajerados son, más el amor propio se persuade que los merece. Como imbeciles animales que habitan en el elemento liquido, cada uno viene á hacerse sucesivamente coger por el cebo en el cual há visto coger á su vecino. — Este engaño es tanto más difícil de evitar, cuanto que está frecuentemente tendido con grande habilidad. El adulador tiene sobre el que emprende seducir una grande ventaja; es que tiene tiempo para estudiar su carácter, sondar sus inclinaciones, examinar sus pasiones, en consecuencia, concertar sus medios, y de adoptarlos. La lisonja sabe revestirse con todas suertes de formas, y es habil á elegir las más propias para el éxito. Algunas veces cuidase de dirigir á labanzas groseras que la harian descubrir; pero, cómo la vemos aqui, elogia al hombre por las cualidades que posee realmente. Con frecuencia no ensalza directamente, sino que tiene cuidado de elogiarle delante de personas que se lo refieran. Otras veces, dandose un aire de franqueza, á los grandes elogios mezcla algunas ligeras censuras. Se muestra, según circunstancias, imparcial ó celosa; toma unas veces el tomo de la justicia, otras el del interes, alguna vez el de la rudeza. Seria imposible el seguirla en la multitud de vias tortuosas que sabe la lisonja tomar. Frecuentemente, para alcanzar su objeto, ella sigue el camino que parece el más opuesto. ¿Cómo el hombre recto y franco que, juzgando á los demás segun su corazón, no sospecha el mal, evitará tantas emboscadas sembradas bajo sus pies? ¿Cómo escapará á estas redes de las cuales está rodeado por todas partes? Es para garantizarle que Jesucristo le recomienda el unir á la sencillez de la paloma la prudencia de la serpiente: *Estote ergo prudentes sicut serpentes, et simplices sicut columbæ*. Math. x, 16. Son dos excelentes virtudes, pero que tienen la una y la otra necesidad reciproca. Separada de la sencillez, la prudencia degenera en fineza; aislada de la prudencia, la sencillez cae en el engaño. El prudente sin sencillez se convierte en engañador; el sencillo sin prudencia está espuesto á verse siempre engañado. El medio de conciliar perfectamente estas dos virtudes, y de evitar con seguridad los engaños de la

debe menospreciarlos, quiero decir, la falsedad — ¿Qué es, efectivamente, más que mentiras más ó menos bien revestidas,

lisonja, es la religion quien los dá. Consiste en poseer la virtud que el cristianismo dá por base á todas las demas, la humildad. El hombre verdaderamente humilde es, por eso mismo, á la vez sencillo y prudente. Sencillo, toda afeccion le es estrana, toda prevención odiosa, todo camino oblicuo insoportable. Prudente, él conoce la nada de las adulaciones en las cuales se le envuelve, y nó alimentase con ellas. Descubre el centro oscuro é infecto del cual proceden, y se aleja. Cómo es por la vanidad que la lisonja se desliza en el corazón, la humildad le cierra la puerta. ¿Qué acceso puede tener en un alma á quien todo elogio es sospechoso; que profundamente penetrada de su indignidad, créed nó merecer elogio alguno; que, continuamente ocupada de sus defectos para corregirlos, piensa en las cualidades cuyo testimonio nó se puede rehúsar, más que para deplorar la imperfeccion y la fragilidad? — Los fariseos elogian á Jesus por dos cualidades: de que es perfectamente sincero en sus instrucciones, y de que nó hace preferencia de personas. Pero ellos nó le adulan así, más que para hacerle caer en los excesos de estas dos virtudes. Elogian la sinceridad de sus palabras, para hacerle soltar alguna que sea imprudente; y su imparcialidad, para empeñarle á chocar con alguno de los poderes. No pudiendo descubrir en él vicio alguno, es por sus mismas virtudes que quieren inducirle á faltar. Modelo de perfeccion, él mostrará la justa medida en la cual ella consiste; porque, en la vida moral, se anda entre dos peligros, el de nó alcanzar la perfeccion y el de exagerarla. En donde principia el exceso, acaba la virtud; y el vicio se estiende más allá cómo más acá de los límites que la circunscriben. La sinceridad, querida en la tierra cómo en el cielo, hace la dicha de la vida presente, y prepara la de la vida futura; pero llevada demasiado allá, es indiscrecion. Siempre está prohibido tracionar la verdad; frecuentemente esta recomendado callarla. Mentir, es pecar contra la justicia; decir verdad fuera de oportunidad, es casi siempre ofender la caridad. El hombre, educado en la escuela de Jesucristo, es veridico, pero circunspecto; y publicando las verdades utiles, reteniendo dentro de él las que serian perjudiciales, sirve constantemente al prógimo, á la sociedad, á sí mismo y á Dios, ya por lo que dice, ya por lo que no dice. Es del propio modo un merito á los ojos de Dios, el no hacer distincion de personas. Pero es preciso temer

todas estas palabras élogiosas que se nos dirige por nuestros talentos, por nuestros meritos y por nuestra habilidad? Pensais que los que nos hacen estos agasajos creén en lo que dicen? De

el abusar de este principio por chocar con las conveniencias, luchar con los miramientos sociales é infringir las leyes de la cultura que há hecho dictar la utilidad publica. Es recomendable principalmente á los pastores de almas, hacer discernimiento de las circunstancias que exigen de ellos, ó que les prohiben las preferencias. En lo espiritual, no deben ellos conocer las diferencias que el orden de la sociedad pone entre las clases. El alma del hombre el más pobre, el más humilde, es tan grande delante de Dios cómo la del señor el más elevado. Pero, en todo lo que es temporal, es obligatorio dar á la condicion y á la dignidad lo que la ley ó el uso les atribuye. Dos suertes de ministros pecan en esta materia. De una parte, los que, para tributar honor á quien honor es debido, Rom. xiii, 7, segun el precepto del Apostol, llevan al orden religioso lo que está mandado en el orden civil; ocupandose esclusivamente de las personas de un estado considerable, entregandose completamente á la direccion de algunas almas devotas de calidad, y por estas personas cuya consideracion lisonjea su vanidad, descuidan el resto de su ministerio; haciendose los agentes de sus asuntos, los complacientes de sus gustos, los ministros de sus diversiones, invirtiendo las horas del oficio divino, segun las voluntades y los caprichos de los señores de sus parroquias. Por otra parte, son tambien reprehensibles, los que por no hacer acepcion de las personas, no saben hacer la distincion de ellas; que faltan á las consideraciones y atenciones debidas á los hombres de estado superior; que por la rudeza del tono y por la tosquedad de sus maneras ofenden, irritan y se enajenan á los que la amistad les seria util, aun en el ejercicio de sus funciones. El pastor religioso é ilustrado sabe conciliar los deberes de su ministerio con los de la sociedad. Conoce él los limites de unos y otros. A todos atiende indistintamente. Guarda sus preferencias á los que les son debidas particularmente. Va al lado del humilde de condicion como al lado del potentado, cuando sus funciones le llaman; tomando con cada uno el tomo conveniente. Se inclina delante del uno sin envilecerse; se rebaja al nivel del otro sin familiarizarse; y conserva la dignidad de su estado hasta en el respecto que tributa de un lado, y en la condescendencia que testimonia de otro. (La Luz. Explicacion de los Evang. 22 domin. despues de Pentecostes).

ningun modo. Si, con bastante frecuencia, quiero tambien concederle, los élogios que se nos dirige están basados en un poco de verdad; por lo menos no se podrá negar tampoco que este poco de verdad está exagerada é henchida en proporciones que la hace desconocida, y transforman, aun en este caso, los élogios en mentiras. Pero cuántas veces los élogios no están desprovistos de esta base de verdad! Cuántas veces son errores cubiertos solamente con el velo de una falsa apariencia! Cuántos veces tambien estos élogios son, á espaldas nuestras, el objeto de burlas y de irrision de los que los han dirigido!

1. Vosotros á quiénes una fortuna precipitada y un golpe de azar há hecho ricos y poderosos, tenéis alrededor vuestro aduladores, que ensalzan con magníficas alabanzas vuestros pretendidos meritos, que se deshacen en respetos, en servicios, en élogios; pero sois más estimados? La adhesion que parece tenerse con estas almas venales, hace que se os observe de más cerca, que se suba hasta vuestros antepasados, lo que era vuestro padre, lo que habeis hecho de bajezas para subir con tanta rapidez á la cuspide de la grandeza. Vuestros aduladores mismos os estiman más? Si, delante de vosotros, y sois sus victimas en secreto; si, cuando tenéis con que recompensarles, ó cuándo esperan nuevos favores; pero, os sucede alguna desgracia? sus élogios caén con vuestra fortuna. No os elogian más que por disimulo, y censuran por sinceridad; no estaban ellos adictos á morced vuestra mientras erais dichosos, desde que no lo sois, ellos se burlan de vosotros. — Vosotras que una fragil belleza hace el idolo de tantas gentes; vosotras que os veis rodeadas por una multitud de esclavos, que no buscan más que obedecer á vuestras pasiones, ó irritarlas; escuchais con una secreta alegria los insipidos agasajos que os tributan; recibis con aire medio serio, medio complaciente, sus sumisiones y sus lisonjas. Ellos os dicen que sois dichosas de tener tantas ventajas, y os miran cómo su divinidad; pero creedme, se burlan de vosotras: *Qui te beatam te dicunt, ipsi te decipiunt*, Is. iii. Conocen vuestra flaqueza, advierten vuestros defectos, y se divierten en vuestra ausencia; y si vosotras nó sois la victima de sus burlas, dais que reir á una infinidad que tiene más razon y buen sentido. — Vosotros, quiénes quiera que seais que caéis ciegamente en esta trampa de las lisonjas humanas, sabed que los que os adulan, os engañan: *Qui te*

Pues bien, yo le pregunto que merecen, de nuestra parte, tales elogios, — y son casi todos lo mismo, — sino la indiferencia, el desden y menosprecio?. Qué! podríamos acordar el más pequeño valor á la mentira!. Qué! nos podríamos complacer con ella!. Qué! ¿porqué se nos diga que poseémos tal ó cual cualidad, no atreveríamos á créerlo, apesar de la evidencia opuesta, que la poseémos realmente?. Tán ruda credulidad seria indigna de un hombre prudente!; cuánto no lo seria de un cristiano! porque el cristiano debe saber, mejor que nadie quo no merece élogio alguno, y que todos los que pueden dirigirse le son necesariamente falsos.

beatam dicunt ipsi te decipiunt. Porqué?. Porque ellos os dicen, no lo que sois, sino lo que deberiais sér. Os llaman prudentes y sabios, cáundo teneis menos prudencia y sabiduria; liberales, cáundo gastais vuestros bienes; celosos, cuando sois crueles; humildes y honrados, cáundo haceis bajezas; vigilantes, cáundo sois precipitados y aturdidos; dispuestos a servir á los amigos, cáundo sois injustos con ellos; severos en reprender el vicio, cáundo os deshacéis en injurias; desinteresados y generosos, cuando sois prodigios. Es á vuestra misma sombra que os rinden estos testimonios, ellos se burlan de vosotros cáundo os aplauden. (Discursos morales, citados por Houdry, Biblioth. de los Predicadores, artículo *Lisonjas*).

1. Adular y sufrir que se nos adule son dos enfermedades igualmente peligrosas; pero cómo se encuentran prisiones más dulces que la libertad, hay enfermedades más agradables que la salud, y de las cuáles no se quiere curar. Así, aunque la lisonja nos séa generalmente sospechosa, no deja de agradarnos, y aunque el adulator conoce la falsedad de los élogios, no nos desagrada oírlos. Así que uno ama su vanidad, porque es idolatra de sí mismo, y el otro la sostiene, porque le es util. Cierto es que es difficilísimo decir cuál de los dos es el más criminal, áquel cuya lengua venal está siempre dispuesta á la adulación, ó el que el corazon se alegra con el relato de sus alabanzas; la ceguedad de este merece ser censurada, pero la farsa del que le ciega no es inocente; si el adulator es más malevolo, el que sufre que se le adule no es menos digno de censura; porque si no se adulára el primero, seria insensible á los dardos de la lengua del adulator. (Ll P. Santiago de Autan. *Cond.* de los ilustr. 2. p. c. 10).

Mejor que nadie debe saber que no es capaz de bien alguno que merezca un élogio. Que si hay en él algun bien, debe saber que es Dios quién lo há hecho, y que, por consiguiente, es á él á quien debe ir el élogio. ¿ Las personas que nos elogian lo hacen con sinceridad?. Debemos estar persuadidos que estos élogios se nos dirijen; porque si se conociera nuestras imperfecciones y nuestros defectos, así como todos los medios que tenemos para sér mejores que no somos, nadie duda que toda alabanza á nosotros dirigida se detendria en los labios sinceros!.

Tál es el primer motivo por el cuál debemos menospreciar las alabanzas, ó por lo menos, sér indiferentes: porque son falsas y que no tenemos derecho alguno á ellas.

Un segundo motivo que nos debe hacer menospreciar las alabanzas, es que son interesadas, así cómo aparece en las de los fariseos á Nuestro Señor. ¿ Porqué estos malvados dirijen al Salvador los élogios de los cuáles nos ocupamos? ¿ Es para rendir homenaje á la verdad? ¿ Es sencillamente por cortesía? No ciertamente, estos élogios debian, por el contrario, desgarrarles cruelmente la boca al pronunciarlos. ¿ Porqué que deseaban ellos con el mayor furor, sino que Jesus cayése en el menosprecio publico, y fuése aborrecido por todo el mundo cómo lo éra por ellos? ¿Cuál es, pues, la razon que les hace venir á dirigirle alabanzas hasta en

1. *Desgraciados*, dice el Evangelio, cuando los hombres hablarán bien de vosotros; es lo que hacian los Judios con los falsos profetas. Luc. vi. Podemos asegurar que esta maldicion no cae absolutamente sobre los que élogian, sino sobre los que las buscan, las desean, se las atribuyen, ponen en ellas su complacencia y se hacen una gloria, en lugar de darla á Dios; puesto que no hay bien del cuál no séa él la causa. Así Dios no hiere con su maldicion á los que reciben alabanzas, sino á los que las buscan, se dejan seducir por la adulacion, se réalzan, se prevalen y sacan falsas ventajas de la opinion que les testimonia y se tiene de ellos; en lugar de tomar motivo para humillarse, rebajarse en vista de sus defectos, imperfecciones, debilidades secretas que encierran dentro de sí, y que los cubririan de vergüenza y de confusion, si fuerán conocidas (El abate de la Trappe. *Reflex. sobre el Evangelio de S. Lucas*).

el templo? Es el interés, tienen necesidad de que no se desconfe de ellos, con el objeto de hacerle mejor entrar en sus propósitos y caer más seguramente en el engaño. Porque diciendole que no tiene consideración con cualquier que sea y no hace distinción de personas, es precisamente para empeñarle por el camino de la imprudencia, y hacerle decir alguna palabra comprometedora de la cual ellos se servirían enseguida contra él.

Tal es, en efecto, el motivo general de las alabanzas: el interés. ¿Hay necesidad, por ejemplo, de que una persona nos preste algún servicio? Se elogia su bondad, su complacencia, su generosidad, aunque no se la tenga por buena, ni por complaciente, ni por generosa; pero se le dice del mismo modo, á fin de que esta persona sea lisonjeada por lo que de ella se tiene de buena opinión, y que en cierto modo sea obligada á acordar el servicio que se la pedirá en-

4. Hæc est autem hypocritarum prima simulatio, quia laudant quos perdere volunt: et ideo in laudem prorumpunt, dicentes: *Magister, scimus quia verax es*, etc. Magistrum eum vocant, ut quasi honoratus et laudatus mysterium sui cordis simpliciter eis aperiat tanquam volens eos habere discipulos (S. JOAN. CHRYSOST. in *Matth.* Op. imp. hom. 42). — Tripliciter autem contingit aliquem veritatem non docere: primo ex parte ipsius docentis; quia scilicet veritatem vel non novit, vel non amat: et contra hoc dicunt: *Scimus quia verax es*; secundo ex parte Dei, cujus timore postposito quidam veritatem de Deo, quam noverunt, non pure annuntiant: et contra hoc dicant: *Et viam Dei in veritate doces*; tertio ex parte proximi, ex cujus timore vel amore aliquis veritatem tacet: et ad hoc excludendum dicunt: *Et non est tibi cura de aliquo* (scilicet homine), *non enim respicis personam hominum* (GLOSSA). — Hoc de Herode et Cæsare occulte insinuabant (S. JOAN. CHRYSOST. loc. cit.). — Blanda quidem et fraudulenta interrogatio illuc provocat respondentem, ut magis Deum quam Cæsarem timeat: unde dicunt: *Dic ergo nobis: Quid tibi videtur?* etc. Ut si dicat non debere tributa solvi, statim audientes herodian, seditionis reum contra romanum principem eum teneant (S. HIERON. ap. *Cat. aur.*). — Quia enim sciebant quod quidam hanc discordiam mediantes occisi erant, volebant et ipsum per sermones hos in talem suspicionem immittere (L. JOAN. CHRYSOST. *sup. Matth.* hom. 71.)

seguida, por el temor de perder la estimación que se la tributa. Oh! cómo las adulaciones son cosa vil, y dignas de menosprecio! En apariencia, ellas son agradables finezas; pero en el fondo, no son más que un tráfico, ó mejor una explotación. Porque el que elogia lo hace por recibir, y para recibir mucho más que no dá. Oh! cómo vende caras sus alabanzas el libertino que protiga sus adulaciones á la inocencia. Oh! cómo vende caras sus elogios, el ambicioso que aspira á apoderarse de la sencillez! La inocencia paga las alabanzas del libertino con el honor y la felicidad de toda su vida; la sencillez paga los elogios del ambicioso con su paz, con su comodidad y frecuentemente con su haber.

Toavía una vez más, tengámos cuidado y estemos alerta contra toda alabanza, puesto que no solamente no tenemos derecho, sino que no podemos dejarlos coger sin que de ello resulte para noso-

1. Adulatores præcipitant homines in peccata superbiæ, in peccata luxuriæ, et in peccata avaritiæ; unde et ipsi cum eis præcipitabantur in præcipitium infernale (S. BERNARDIN. *serm.* 16). — Homo adulator ei cui assentatur dicere solet: *vive dum vivis*; recrea corpus edulibus, procul a te sint jejunia, que fragilis tua caro minime patitur; induere purpura et bysso, ut hanc, ad quam sublimaris, gloriose portes dignitatem; agglomeretur lateribus tuis in modum canei turba clientum; ut sublimis officii tui honor non vilescat; ne tam cito de penitentia cogites; Deum enim habemus infinite misericordem, qui neminem vult perire; ne credas, quod huic et illi peccato indulgere tantum malum sit, ut homines dicant; ne parcas huic et illi, qui tibi sunt infensi; tuus enim honor agitur. His et aliis similibus verbis adulator eos, quibus adulatur, ad peccata facile allicit, quia homines ea libenter operantur, ad quæ ex natura propensione moventur, si quis laudando eos ad hæc agenda invitet. « Adulantium linguæ alligant animas in peccatis; delectat enim ea facere in quibus non solum non meliatur reprehensor, sed etiam laudator auditur. » S. Aug. in Ps. ix. Adulator merito sirenis comparatur, quia ad modum sirenarum, per mortiferos cantus, et pestifera blandimenta audientes demulcet, et nisi aure obturata transierint, eos in scopulos et in abyssum criminum trahit. « Adulatores alliciunt ad peccatum sicut sirenæ ad periculum. » Hug. card. in Ps. xxviii (LASELVE, *Ann. apost. dom.* 22, post Pentec.).

trios graves daños, tanto bajo el punto de vista de nuestros intereses materiales como bajo el punto de vista de nuestros intereses morales y espirituales.

II. — *Debemos evitar tanto como sea posible el elogiar á otros.* — El Salvador que nos há mostrado con su ejemplo el menosprecio que debemos hacer de las lisonjas y de los áduladores, tratando de *hipocritas* ¹ á los fariseos que le elogiaban; nos há enseñado despues, como una consecuencia de este menosprecio, que debemos nosotros mismos évitár el ensalzar á los demás, cuando há añadido despues, dirigiéndose siempre á los fariseos: *Porqué me tentáis?* Ensalzar á alguén, es efectivamente, tentarle; es decir, llevarle al mal. Seguramente, los fariseos, cualesquiera que fuesen sus elogios, no podían llevar á Jesus al mal, puesto que era impecable, no pareciéndose á los demás hombres más que hasta el pecado exclusivamente ². Pero es para nosotros que él hablaba, siendo la álbanza efectivamente, por lo general ³ y aun contra la voluntad del

1. Dicit ergo eis, *hypocritæ*, ut considerantes eum humanorum cordium cogitorem, quod facere cogitabant, pericere non auderent: vide ergo quod pharisæi blandiebantur, ut perderent; sed Jesus eos confundebat ut salvaret; quia utilior est homini Deus iratus quam homo propitius (S. JOAN. CHRYSOST. in *Matth.* Op. imp. hom. 42). — *Quid me tentatis, hypocritæ?* Qui potissimum Deum periculose tentent. 2º Qui sine omni reverentia Deum adorant, Dei bonitatem tentant. 3º Qui Dei sapientiam eludere conantur, ut hypocritæ, ejus sapientiam tentant. 4º Qui Deo diffidunt, ejus providentiam tentant. 5º Qui peccatis addunt peccata, tentant Dei longanimitatem. 6º Qui per miraculum aliquid petunt, tentant Dei potentiam, et qui nimis præsumunt (FABER, *Op. conc. dom. 22.* post Pentec. conc. 5. *Auctarii*).

2. Hebr. iv. 15.

3. Es necesario notar bien que la filosofía moral y la teología cristiana han siempre puesto en el rango de las virtudes una cierta condescendencia, que nos hace acomodarnos á las costumbres, y tambien á los caracteres de aquellos con quienes vivimos; cómo elogiar y aprobar en las personas lo que ellas tienen de recomendable, sin afectacion y sin exceso; y esta virtud se llama áfabilidad; es porque elogiar las personas, aun en su presencia, es una accion que puede ser buena ó mala, segun

que la dirige, una perniciosa tentacion para aquél á quien es dada.

¿ De donde viene este peligro inhérente á casi toda especie de elogio? Del fondo de orgullo que es natural al hombre, nos responde un piadoso pastor. No tenemos ningún merito seguro; nuestras virtudes las mejor fundadas participan todas de nuestra pequeñez, y, por eso, tienen todas un caracter de inestabilidad que el profeta rey sentia vivamente, que le hacia temer sin cesar el perder el merito de sus mejores acciones, y le hacia recurrir á Dios: *Señor, esclamaba, alajad de mí á los que me ádulan y me elogian* ¹.

« Quiero que no engaños al que os ensalza, y que vuestra com- los propositos y la intencion que se tiene y segun la ocasion y la manera de la cuál se le hace. Porque si estos elogios son prudentemente considerados, y sin exajerar la verdad, para excitar una persona, y para animarla á obrar bien; no se puede dudar que no sea una accion de caridad y de celo. Si se pretende por eso aprobar el bien y la virtud de la cuál se vé señales en esta persona, es hacerle justicia; si es por finura, para testimoniar que se toma participacion en sus exitos, es un testimonio de amistad y un deber que la honradez pide de nosotros en algunas ocasiones. Pero cuándo se hace por lisonja, por interés, ó con desiguijo de perjudicarle y de hacerle dar en un peligro que se le tiene, es siempre un vicio y un pecado (Houdry, *Bibliot. de los Predicadores*, art. *Lisonja*). — Cómo querer agradar á todo el mundo, y no querer agradar á nadie, son dos vicios igualmente contrarios á la sociedad civil; es el deber de un cristiano el évitár estos dos escollos. Hé aqui las reglas que la filosofía moral y la religion dan sobre este asunto: 1º de no elogiar más que lo que crémos que merece nuestra aprobacion y la de los demás, y nunca el vicio, y lo que tiene apariencia de mal. 2º Elogiar más gustosos y más liberalmente, las personas de un merito distinguido, en su ausencia, que cuando están presentes; nuestros elogios son más sinceros y menos sospechosos. 3º Si no se puede dispensar de dar su aprobacion y elogios á las personas presentes, es preciso que no sean excesivos, ni exagerados, porque entonces son verdaderas lisonjas. 4º Si no podemos aprobar todo lo que dicen ó hacen las personas con quienes hablamos, no séamos de un caracter tan feroz que todo lo desaprobemos, cuándo no lleve manifestamente un caracter de mal; séamos entonces complacientes hasta disimular nuestros sentimientos mejor que érgirnos en criticos y en censores inoportunos (idem, idem). — 1. Ps. LXIX.

placencia no perjudique en nada á la verdad; á qué tentacion no le esponéis? — Quién os há respondido que este elogio, todo verdad, desinteresa cómo sí, no hinchará su corazon, no le enorgullecerá, no le hará alivio para los demás, y no le hará olvidar á Dios? ¿Qué hacéis, pues, con estos terminos que el mundo llama cumplimientos? 1.º Contribuís á destruir el merito de sus virtudes y de sus buenas acciones que poneis de relieve, por la vanidad secreta que le inspiráis. ¿No hubiérais sido más de deseár que hubieseis guardado un profundo silencio sobre sus cualidades y sobre su merito? Cuántos espíritus envenenados, si me átrevo así á decirlo, por el conocimiento que se les há dado de sus propio merito, que se han convertido en altivos, desdenosos, difíciles é insoportables! Cuántas almas puras han sido corrompidas por la reflexion que se les há hecho hacer sobre las gracias de las cuáles Dios las colmaba; que han perdido la sencillez, la rectitud de intencion, que se han hecho hipocritas y celosos de su reputacion! Tal que habria sido un hombre perfecto, lo há dejado de sér, por haberle hecho advertir que tenia disposiciones para sérlo. Otro seria hoy un santo, si no le hubiéran dicho que lo era. Esta indicacion que se le há hecho de su elevacion, de su perfeccion, es lo que le há desvanecido, le há vuelto la cabeza, y lo que, del pináculo, lo há precipitado en el abismo. No decís más que la verdad, y al elogiar á esta persona, le rendís justicia: pero esta justicia, por los sentimientos de amor propio que produce, se há convertido en injusticia y en corrupcion. No la habéis elogiado más alla de los limites, y lo que le habéis dicho para agradecerle, no ha sido más que un sincero testimonio de lo que pensáis de ella. Si, pero este testimonio, aunque sincero, no há cesado de hacer en él una impresion desgraciada que, bajo color de verdad, há arruinado en su alma todo el fundamento de la gracia, que es la humildad. Sois, pues, por vuestros élogios, un motivo de escándalo para él, y el Santo Espiritu os enseña que las exortaciones ó tambien las correcciones le hubiesen sido más ventajosas que todos los cumplimientos: *Melius est a sapiente corripí quam stultorum adulatione decipi* 1.

1. Ecl. vii, 6. — Preciso es confesar que es la adulacion una de las

» 2.º Por vuestros elogios indiscretos, disminuís en él el celo de su perfeccion; y le hacéis caer en la relajacion, otro motivo de escándalo. Cómo esto? Hélo aqui. Qué es la perfeccion, y en qué consiste? Consiste en avanzar continuamente en la virtud, en olvidar lo

más peligrosas emboscadas que el demonio prepara á las almas justas; este humo tan agradable de las lisonjas enardece desde luego á los que le reciben, y los espone á caidas y extravios deplorables. Despues que el tentador há hecho inútiles esfuerzos para dificultar sus buenos designios, su ultimo recurso es el de inspirarles vanas complacencias, cuando consiguen alguna cosa, y el emplear la gloria que les viene de sus virtudes, para hacerles perder todo el merito. Lo que ha hecho decir á San Agustín, que la boca de los aduladores es cómo un horno en donde el oro de la virtud se purificaba, y que no habia prueba más segura de la sólida piedad cómo la de las alabanzas: *Probatior homo ore laudantis*. Prov. xxvii. Y no teme añadir que ellas son una especie de persecucion, tanto más peligrosa quanto que ella es agradable, y que no es menos difícil de resistir á las caricias de los aduladores cómo á las amenazas de los tiranos. Pensáis en ello, vosotros que sois tan prodigos de élogios? Sabéis bien que si no las referís á Dios, cometéis una especie de idolatria, y que no es apenas menos criminal el dar incienso á los hombres, que el ofrecerselo á los ídolos? El mundo mismo nos parece convenir con esta verdad, cuando en su lenguaje ordinario, elogiár ó incensar es la misma cosa: cómo si todas las personas que se adula fueran otras tantas divinidades que se incienso. Sin embargo, no se tiene reparo en alabar y en adular, bajo sombra, que lo más frecuentemente no hay sinceridad alguna en nuestros elogios: creémos que son recibidos segun son dados, pero el veneno penetra insensiblemente hasta el fondo del alma: algun conocimiento que se tenga de la vanidad de los élogios en general, encuenstrase siempre con que justificarla para sí mismo, se repite en el fondo del corazon, lo que los demás no dicen más que en los labios, y se añade á sus palabras la sinceridad que les falta. En lugar de encontrar que dicen demasiado, aumentamos con frecuencia sobre su testimonio. Este util contagio se estiende hasta las gradas del santuario: infecta los más sagrados empleos lo mismo que los profanos; y no se enrogece de ofrecer á los ministros del Señor las mismas recompensas que á los obreros de la iniquidad (*Ensayos y panegiricos*. Para el dia de la Anunciacion, citado por Houdry, *Bibliot. de los Predicadores*, art. *Lisonja*).

pasado, en contar por nada las buenas obras ya hechas, y como dice San Pablo, de él mismo, en no creerse ya perfecto, sino en marchar y en correr sin cesar hacia el objeto de la carrera, para merecer la corona á la cual Dios nos llama. Pero algun deseo que nosotros tengámos por adquirirla, es siempre verdad que no trabajamos más que con pena y que sentimos mil disgustos, mil languideces, y que si pudiéramos, con alguna seguridad, dispensarnos de ello, este sería el partido que abrazaríamos con alegría. Pues es á lo que conduce la alabanza la más justa y la más legítima; porque esta alabanza, frecuentemente escuchada, hace creér, por ultimo, al que se elogia que está ya muy levantado; mira con complacencia el poco bien que él há hecho ya, olvida el que le queda por hacer, y desde allí se relaja.

1. Los males que causa la lisonja tanto á los que la hacen como á los que la sufren, son muy grandes, lo que hace este vicio há siempre sido considerado como la peste de la sociedad civil, y el origen de las mayores desgracias. Santo Tomas y muchos autores dicen que es de ahí de donde há venido la idolatria; porque há sido por adular á los soberanos y á los emperadores, que los pueblos los han colocado en el numero de los dioses, por solemnes apoteosis; y si esta impiedad no es de temer ahora que el mundo está más ilustrado, no se puede negar que ella inspira á los grandes un orgullo insoportable á Dios y á los hombres. Se les sostiene por este medio en sus vicios y en sus desordenes; alabase las venganzas que ejecutan; apruebase sus violencias y sus acciones tiránicas; se excusa sus disoluciones, y con frecuencia se dá el nombre de virtud á los crímenes los más odiosos y los más abominables. Que si se considera el mal que este vicio causa á los que de ello hacen una especie de oficio, algunos sostienen con san Juan Crisostomo que la adulacion es más grande pecado que la maledicencia, porque hace un agravio más considerable al prójimo; otros, que es un mal mayor el elogiar que el aprobar el pecado de otro; unos, que se convierte en cómplice; y otros, por ultimo, aseguran que el mal que el adulador hace al prójimo, algo grande que sea, es siempre menor que el que se hace á sí mismo. Pero cómo todo esto pudiera sér negado si se examina con rigor, decimos solamente que la adulacion es un pecado pernicioso al que adula, y al que se adula y que se complace en sér adulado (Houdry, *Biblioth. de los*

» La conducta de Jesucristo, bien meditada, remediará todos estos desordenes. El elogio le era debido como tributo á su soberana grandeza; sin embargo, cuando estaba en la tierra, no ha podido sufrir las verdades que iban á su honor y á su gloria: hacia prodigios, curaba los ciegos de nacimiento, resucitaba los muertos; pero cuando los pueblos querian felicitarle, él les imponia silencio, estendia este silencio hasta los demonios, y cuando estos espíritus, forzados por la virtud de sus palabras, salian de los cuerpos publicando que él era el Cristo, les amenazaba y les mandaba callarse; en lugar de recibir el homenaje que se hacia á su poder,

predicadores, art. *Adulacion*). — La adulacion, tomada en su significacion comun, es opuesta á la verdad, por los exagerados elogios que se tributa; á la caridad, engañando á la persona que se alaba, y dándole ocasion para enorgullecerse; pero sobre todo á la justicia, de dos maneras y por dos razones, la primera, porque corrompe el elogio verdadero, que es la recompensa de la virtud sola; de suerte que aun cuando un adulador alabara con justicia á un hombre digno de sér ensalzado, se desconfia siempre de sus testimonios de honor y aprecio, por reconocerlo en favor de los que no lo merecen. La segunda, porque el adulador dá con frecuencia al vicio caracter de virtud; más culpable en esto, dice San Pablo, que los monederos falsos, que colocan la imagen del príncipe en un metal falso; y que ofende no á un hombre sino al mismo Dios, ensalzando el pecado, que él aborrece y del cual es enemigo declarado. Esos pecan, que elogian la virtud y las acciones de los demas más de lo que merecen, y cómo habla Santo Tomás, levantandolas más allá de lo razonable. De donde él deduce que la adulacion por la cual se elogia el pecado de alguno, es un pecado grave y mortal, porque hiere la caridad de Dios y su justicia, y además, la caridad del prójimo. Del mismo modo, aquella de la cual se sirve para engañar á alguno, y para causarle algun daño considerable, sea espiritual ó temporal. Es preciso juzgar del propio modo á la que dá osiurto para que alguno peca mortalmente, en la misma materia se puede pecar por escandolo. Es lo que enseña formalmente santo Tomas. Por lo que es de la que se hace por el solo desseo de agradar á alguno, para evitar algun mal, ó por obtener alguna gracia ella no es siempre tan criminal, aunque sea pecado siempre por su naturaleza (*Idem, idem*).

empeñaba su mismo poder para defenderse y rechazarlo. Es, pregunta san Agustín, que había peligro para él en ser elogiado? No, sin duda. Pero responde este Padre, lo había para nosotros; y porque había venido para ser nuestro modelo, y para remediar nuestras debilidades por la santidad de sus ejemplos, evitaba el oír las verdades de las cuáles hubiérase tenido derecho á glorificarse, para hacernos los que, al lundanos, debilitan en nosotros la gracia destinada á santificarnos, y él imponía silencio á los hombres y á los demonios para enseñarnos que nos haríamos responsables de todos los desordenes que nuestros elogios pueden producir. Estudiémos sin cesar sus ejemplos¹, y hagámos, sobre este punto como sobre todos los demás, la regla invariable de nuestra conducta.

Conclusion. — Toda esta materia de las adulaciones se reduce á estos dos puntos; es preciso menospreciarlas cuando se nos dán, cómo vemos que hace el Salvador, especialmente con las que le son dirigidas en este día por los fariseos, y evitar, lo más que se pueda, el darlas á los otros. Es preciso menospreciarlas, porque generalmente son falsas y mentirosas; y que en todo caso no tenemos derecho alguno. Es necesario evitar el darlas á los otros, porque darse las es tentarlos, y hacerles mucho mal, ocasionándoles pensamientos de amor propio por lo pisado, y paralizando su energía para el porvenir. Nada más fácil de retener que estas dos reglas. No las olvidemos tanto más cuánto que las ocasiones de ponerlas en practica se presentan con bastante frecuencia. Su observación no presenta tampoco nada de muy difícil. Seámos, pues, fieles. No dejándonos coger por los elogios, evitaremos el ser engañados por los hipócritas, sobre perder el merito de nuestras buenas obras. No elogiando nosotros á los demás, no les suministraremos la ocasión funesta de enorgullecerse y de decaer. Esta doble conducta contribuirá facilitarnos sensiblemente á todos la entrada en el cielo. Así sea.

1. Badoire, *Pláticas*, pláctica LXIV.

VIGESIMO SEGUNDO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

SEGUNDA INSTRUCCION.

Los fariseos proponen á Jesus un escrupulo para tener la solucion.

I. Diferentes especies de escrupulos. II. — Lo que se debe hacer cuando se tiene escrupulos.

En tiempo de Nuestro Señor, el mundo sufría casi por completo el yugo de los Romanos, y el emperador Augusto, que reinaba entonces, había ordenado que todos los ciudadanos de su vasto imperio pagasen á título de homenaje un impuesto personal. Los Judíos estaban en el numero de las naciones tributarias. Pero muchos de ellos, considerando su cualidad de pueblo de Dios, pensaban que los Judíos no debían, en conciencia, obedecer á los Romanos, pueblo infiel, ni pagarle tributo. Así es que esta cuestion que los fariseos vienen hoy á someter al Salvador, es para pedirle la solucion. — *Es permitido, le dicen, pagar el tributo al Cesar, ó no?* En ver Ja l, los fariseos no formulan esta pregunta al Salvador más que para tenderle un engaño; porque si él respondía que se debía pagar el tributo al Cesar, ellos se servirían de su respuesta para conmovér contra él el pueblo, á quién este impuesto era particularmente odioso; y si él respondía que no se debía pagarle, se apresurarian ellos á denunciarlo cómo un sedicioso al gobierno romano que no habría tardado en apoderarse de su persona. Pero cualquiera que sea la perfidia de los fariseos formulando al Salvador esta pregunta, considerada en si no era menos muy real y muy seria. De hecho, muchos judíos, según acaba de decirse, no sabían si podían, en conciencia, pagar este tributo, ó si debían rehúsarle, apesar de todas las consecuencias que llevaría